

DEL REVISIONISMO BRITÁNICO AL POSTMODERNISMO: E. P. THOMPSON

José Manuel Rodríguez Acevedo

Universidad de La Laguna

Resumen.- En este texto se intenta poner de manifiesto como los nuevos postulados de la historiografía postmoderna no son más que un desarrollo de los planteamientos que décadas atrás habían defendido ya los historiadores de la corriente conocida como “marxismo británico”. Esta corriente habría experimentado un proceso degenerativo de cuyas últimas elaboraciones E. P. Thompson sería un claro ejemplo. Analizando algunos de los principales aspectos teóricos de su obra podemos comprender mejor de dónde parten las nuevas concepciones idealistas que se presentan a sí mismas como novedosas y rupturistas.

Palabras clave.- *Marxismo británico. Postmodernismo. Historiografía. Materialismo Histórico. Idealismo. Conciencia de clase.*

FROM BRITISH REVISIONISM TO POSMODERNISM: E. P. THOMPSON

Abstract.- In this paper we analyse how the new postulates of the postmodern historiography are just a development of the positions already defended decades ago by the historians of the so known “British Marxism”. This trend would have experienced a degenerative process, being E. P. Thompson a clear example of this aspect. If we analyse some of the main theoretical aspects of his work we can understand where are based the new idealistic conceptions which are wrongly presented as novel and rupturist.

Keywords.- *British Marxism. Posmodernism. Historiography. Historical materialism. Idealism. Class conscience.*

1. INTRODUCCIÓN

Este artículo no ha sido redactado con la intención de realizar una síntesis global de la obra del famoso historiador británico E. P. Thompson, por lo que no se tratarán muchos de los aspectos y cuestiones que caracterizan su obra, por otra parte, de sobra conocida en los círculos historiográficos mundiales. Lo que ahora nos interesaba era, simplemente, responder a una pregunta: ¿Jugó algún papel la escuela historiográfica del llamado “marxismo británico” – particularmente E. P. Thompson, como uno de sus últimos “colosos”- en el proceso de la reciente historiografía burguesa y, concretamente, en su evolución *postmoderna y girolingüística*? Hoy, a comienzos del siglo XXI, parece evidente que el *marxismo británico* se halla en total bancarrota tras ser repudiado por buena parte de los historiadores que antes lo habían respaldado. Fallecidas ya algunas de sus más importantes figuras (Hill, Rudé, Thompson), no parece que sus discípulos se hallen dispuestos a sostener la escuela que edificaron sus maestros y, en algunos casos, la evolución directa hacia el postmodernismo se ha revelado como la única salida natural (1). Sencillamente, el “marxismo británico” ha pasado de moda. Sin embargo, la necesidad de rebatir los postulados de la “Nueva Historia” postmoderna nos obliga a volver la mirada hacia aquella *vieja Historia* revisionista, en la creencia de que fue precisamente ella la que preparó el terreno para la actual ofensiva idealista. La hipótesis de partida de este pequeño texto es precisamente esa: la historiografía postmoderna y, en concreto, la corriente

del *giro lingüístico*, no es más que un engendro del “marxismo británico”, un desarrollo al que se ha llegado andando la senda trazada por éste, una criatura suya. Y está mal visto que los padres renieguen de sus hijos, por muy horribles que estos salgan, puesto que son sangre de su sangre y carne de su carne. Los que sembraron vientos, que recojan ahora tempestades.

2. THOMPSON EN LA HISTORIOGRAFÍA “MARXISTA” BRITÁNICA

Sin lugar a dudas, un análisis correcto de la historiografía “marxista” británica debería contemplarla como un proceso histórico degenerativo. No serán lo mismo los primeros trabajos de Christopher Hill, en la década de los 40, cuando estaba directamente influenciado por la historiografía marxista soviética de los años 30 –influencia que también sería importante en George Rudé (2)-, que las obras escritas por este mismo autor tras el hito revisionista que supuso el XX Congreso del PCUS en 1956 (3). Y lo mismo se podría decir, seguramente, de Hobsbawm, que también visitó la URSS, pocos meses después de la muerte de Stalin, pero que, a diferencia de Hill y de Thompson, mantuvo su militancia en un Partido Comunista británico que respaldaba abiertamente al gobierno de Krushev. Edward Palmer Thompson representa, probablemente, un estadio más avanzado de este proceso degenerativo, incorporándose a esta escuela más tardíamente (4). Por lo tanto, no podemos comprender todo el proceso de la historiografía “marxista” británica a partir de la obra de este historiador, pero sí podemos comprender cuáles fueron sus últimas elaboraciones. Thompson ejemplifica a la perfección *lo que llegaría a ser* el “marxismo británico”. Para nosotros tiene ahora especial interés por cuanto él sería el encargado de entregar el testigo a la historiografía postmoderna, última y más veloz relevista en la carrera de la historiografía burguesa hasta el absurdo total y hacia su seguro hundimiento. Veamos, pues, algunos de los más relevantes aspectos que, a nuestro entender, definen el pensamiento historiográfico de E. P. Thompson, especialmente aquellos que se hallan en más estrecha conexión con los postulados de la “Nueva Historia” postmoderna.

3. THOMPSON CONTRA EL “DOGMATISMO”

Es un lugar común en los análisis sobre la significación que tuvo el “marxismo británico” en el proceso de la historiografía mundial, la valoración positiva de esta corriente por haberse desarrollado al margen de “la esclerosis teórica” que habría caracterizado, tanto a los historiadores soviéticos como al pensamiento althusseriano. Para Josep Fontana –principal impulsor en España del *marxismo británico*- esta corriente “abandona los rígidos esquemas formales del pasado y pretende devolver su papel fundamental a aquello que los propios Marx y Engels ponían en primer lugar: la concepción de la historia como resultado de la lucha de clases, como un perpetuo tejer y destejer de equilibrios, alianzas y enfrentamientos colectivos. Está claro que Thompson debe ser situado en esta corriente”. De este modo, según Fontana, la obra de E. P. Thompson sería una especie de vuelta a “los elementos centrales del análisis de Marx”, que el historiador británico entendía de forma no dogmática, sin “fossilizar las palabras” (5). Por el contrario, en los países socialistas se habría impuesto un dogmatismo del que, significativamente, nunca se proporciona referencia concreta alguna. Veamos de qué manera *creativa*, no dogmática, interpretó Thompson los elementos centrales del análisis histórico marxista.

En primer lugar hay que comenzar afirmando que, efectivamente, el dogmatismo fue un peligro en el movimiento comunista y no serían los “marxistas” británicos, ni mucho menos, los

primeros en comprenderlo. En 1920 el propio Lenin advertía así a la juventud comunista soviética contra el grave error del dogmatismo:

“A primera vista, naturalmente, parece que aprender el comunismo es asimilar el conjunto de conocimientos que se exponen en los manuales, folletos y obras comunistas. Pero eso sería definir de un modo demasiado burdo e insuficiente el estudio del comunismo. Si el estudio del comunismo consistiera únicamente en asimilar lo que dicen los trabajos, libros y folletos comunistas, esto nos daría con excesiva facilidad escolásticos o fanfarrones comunistas, lo que muchas veces nos causaría daño y perjuicio, porque estas gentes, después de haber leído mucho y aprendido lo que se expone en los libros y folletos comunistas, serían incapaces de coordinar todos estos conocimientos y obrar como exige realmente el comunismo”. (...) “Por eso sería una gran equivocación limitarse a asimilar simplemente lo que dicen los libros del comunismo. Nuestros discursos y artículos de ahora no son una simple repetición de lo que se ha dicho antes sobre el comunismo, pues están ligados a nuestro trabajo cotidiano en todos los terrenos. Sin trabajo, sin lucha, el conocimiento libresco del comunismo, adquirido en folletos y obras comunistas, no tiene absolutamente ningún valor, ya que no haría más que continuar el antiguo divorcio entre la teoría y la práctica, ese mismo divorcio que constituía el más repugnante rasgo de la vieja sociedad burguesa”. (...) “El comunista que se vanagloriase de su comunismo simplemente por haber recibido unas conclusiones ya establecidas, sin haber realizado un trabajo muy serio, muy difícil y muy grande, sin analizar los hechos, frente a los que está obligado a adoptar una actitud crítica, sería un comunista muy lamentable. Semejante actitud superficial sería funestísima” (6).

También Mao Tse-tung criticó en repetidas ocasiones los problemas que el dogmatismo -una de las dos formas en las que se expresaba el subjetivismo- podía causar a la Revolución china. En 1942 planteaba que:

“El marxismo-leninismo es la teoría creada por Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre la base de la realidad, la conclusión general extraída por ellos de la realidad histórica y de la práctica revolucionaria. Si nos limitamos a leer sus obras sin dar un paso adelante para estudiar, a la luz de su teoría, la realidad histórica y la práctica revolucionaria de China y sin tratar de reflexionar en ésta última desde el ángulo teórico, no podemos llamarnos, presuntuosamente, teóricos marxistas. Si nosotros, siendo miembros del Partido Comunista de China, cerramos los ojos a los problemas del país y no sabemos más que citar de memoria conclusiones o principios sueltos extraídos de las obras marxistas, entonces nuestros logros en el frente teórico serán, fuerza es decirlo, muy pobres. Si lo único que sabe hacer una persona es aprenderse de memoria la economía o la filosofía marxistas y recitarlas fluidamente desde el primer capítulo hasta el último, pero no sabe en absoluto aplicarlas, ¿puede ser considerada como teórico marxista? ¡No! No puede serlo. ¿Qué clase de teóricos necesitamos? Teóricos que, de conformidad con la posición, el punto de vista y el método marxista-leninista, puedan interpretar certeramente los problemas prácticos que surgen en el curso de la historia y de la revolución, y dar interpretaciones científicas y explicaciones teóricas de los problemas económicos, políticos, militares y culturales de China. Estos son los teóricos que necesitamos” (7).

En las largas citas anteriores se refleja nítidamente la concepción que tenían Lenin y Mao con respecto al marxismo, en el sentido de que en absoluto se trataba de un saber “fossilizado”, sino que, por el contrario, debía ser desarrollado creativamente, *de conformidad con la posición, el punto de vista y el método marxista-leninista*. Y, efectivamente, la teoría marxista se fue desarrollando a través de la historia, estrechamente vinculada al desarrollo de la revolución proletaria. De este modo, el

Marxismo se elevó a *Marxismo-Leninismo* y, luego, a *Marxismo-Leninismo-Maoísmo* como tercera etapa de la ciencia marxista.

Edward Palmer Thompson se congratula, en alguna de sus obras, de haber *descubierto* la afirmación de Engels de que el Materialismo Histórico, en su época, estaba todavía “en pañales” y que, por lo tanto, debía ser desarrollado (8). Sin embargo, Thompson reniega absolutamente de todo el desarrollo posterior realizado en los países socialistas, particularmente en la Unión Soviética y en China, así como en la RDA, etc. Miles de trabajos de investigación histórica realizados por innumerables historiadores marxistas durante décadas son borrados de un plumazo por el historiador británico ocultando, incluso, la influencia directa que tales historiadores tuvieron en los orígenes del propio “marxismo” británico. Sin más explicación, Thompson -y su apologista y discípulo Fontana-, condenan todo este desarrollo del materialismo histórico bajo las etiquetas de “rígido” y “esquemático”, afirmando que no fue más que una “adopción servil de las hipótesis de Marx”. En Inglaterra, por el contrario, tal esquemático servilismo sería pronto sustituido por un “aprendizaje crítico” del marxismo que se convertiría en la base del “desarrollo” thompsonian del materialismo histórico. Frente a una evolución del marxismo –entendido como “guía para la acción”– que tiene lugar estrechamente vinculada a la revolución proletaria, oponen Thompson y Fontana su particular “desarrollo” academicista, desvinculado por completo de cualquier práctica política revolucionaria (9).

4. THOMPSON CONTRA EL “ECONOMICISMO”

Hobsbawm afirmó repetidamente que “uno de los rasgos más característicos de la historiografía marxista occidental de hoy es la crítica de los esquemas mecánicos y sencillos de tipo económico-determinista” (10). Esta sería, qué duda cabe, una de las cuestiones principales en la obra de Thompson. Sin embargo, cualquiera que haya leído las obras de *los Clásicos* del marxismo, conoce la falsedad que alberga el tópico de que el materialismo histórico reduce la historia a mero interés económico. En una conocida carta de Engels, el compañero de Marx afirmaba:

“Según la concepción materialista de la historia, el elemento determinante de la historia es en última instancia la producción y la reproducción en la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca otra cosa que esto; por consiguiente, si alguien lo tergiversa transformándolo en la afirmación de que el elemento económico es el único determinante, lo transforma en una frase sin sentido, abstracta y absurda. La situación económica es la base, pero en el curso del desarrollo histórico de la lucha ejercen influencia también, y en muchos casos prevalecen en la determinación de su forma, diversos elementos de la superestructura: formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, es decir, las Constituciones impuestas por la clase triunfante después de su victoria, etc., las formas jurídicas, e incluso el reflejo de todas estas batallas reales en el cerebro de quienes participaron en ellas, las teorías políticas, jurídicas y filosóficas, las convicciones religiosas y su evolución posterior, hasta convertirse en un sistema de dogmas. Hay una interacción de todos esos elementos, dentro de la interminable multitud de accidentes (...), el movimiento económico termina por hacerse valer como necesario. Si no fuese así, la aplicación de la teoría a cualquier período de la historia que se elija sería más fácil que la solución de una simple ecuación de primer grado” (11).

¿Qué se esconde, entonces, bajo la crítica de Thompson y, en general, del “marxismo” británico, a un supuesto economicismo o *marxismo vulgar*? Evidentemente, un retorno al idealismo histórico.

En varias de sus obras expresaría Thompson sus enormes dificultades para aceptar algunas de las tesis fundamentales de la concepción materialista de la historia. Una de las más importantes de estas tesis es la que plantea la relación dialéctica entre base económica y superestructura jurídica, política e ideológica. En el famoso Prefacio de Marx a su *Contribución a la crítica de la economía política*, exponía magistralmente el creador del marxismo, en 1859, una síntesis de esta tesis básica del materialismo histórico:

“En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia” (12).

Thompson se rebeló contra este planteamiento fundamental de Marx y Engels, poniendo en evidencia como su vuelta no dogmática a los “elementos centrales del análisis de Marx” ocultaba, en realidad, un ataque a las tesis básicas del marxismo. En su libro *Miseria de la teoría*, Thompson arremete directamente contra la concepción histórica de los propios Marx y Engels. No se trata ya de la crítica a una historiografía marxista escolástica, rígida y esquemática, que habría “fossilizado” el legado de Marx. Es ahora el propio Marx el que es acusado de economicista. Su error, según Thompson, consistió en entender “lo económico como actividad de primer orden, susceptible de ser aislada de esta manera, como objeto de una ciencia generadora de leyes cuya operación recubriría las actividades de segundo orden”. Convencido de haber superado a Marx, el historiador británico lo acusa de tener un pensamiento “encerrado en el interior de una estructura estática, antihistórica” e, incluso, ¡idealista! (13). El cuestionamiento de la concepción dialéctica sobre la relación existente entre base económica y superestructura sería siempre uno de sus principales caballos de batalla:

“...estoy convencido de que debo abandonar aquel concepto rigurosamente estático, «base» y «superestructura», que en una tradición marxista dominante identifica «base» con economía y afirma una prioridad heurística a las necesidades y el comportamiento económico por encima de las normas y los sistemas de valores. Podemos además afirmar que «el ser social determina la conciencia social» (una afirmación que todavía reclama un examen y una calificación escrupulosos), mientras dejamos abierta a la investigación común la cuestión de hasta qué punto es significativo, en cualquier sociedad dada, describir el «ser social», independientemente de las normas y estructuras cognitivas primarias, así como las necesidades materiales, alrededor de las cuales se organiza la evidencia”. (...) “Por muy sofisticada que sea la idea y aunque en muchas ocasiones se haya utilizado de forma sutil, la analogía de base y superestructura es radicalmente deficiente. No tiene solución. Lleva incorporada una tendencia a conducir la mente hacia el reduccionismo, o hacia un determinismo económico vulgar, al separar las actividades y los atributos humanos y situar unos (como la ley, las artes, la religión, la «moralidad») en una superestructura, otros (como la tecnología, la economía, las ciencias aplicadas) en una base, y dejar todavía otros (como la lingüística, la disciplina de trabajo) flotando tristemente por en medio” (14).

Como vemos, E. P. Thompson pone en cuestión uno de los principios fundamentales que definen el marxismo, aunque no se atreve aún a rebatirlos totalmente. Para él, la afirmación marxista

de que “el ser social determina la conciencia social” es algo que “todavía reclama un examen y una calificación escrupulosos”. Habría que esperar hasta la llegada del postmodernismo para que este examen se celebrase y se llegase a afirmar sin complejo alguno lo que Thompson, *con la boca pequeña*, ya quería plantear. Los postmodernos actuales reconocen a los historiadores socioculturales –en los que sitúan a E. P. Thompson como pionero– su trabajo de debilitamiento del “causalismo social” y su reformulación de la dicotomía base económica-superestructura, aunque plantean también sus limitaciones al no atreverse a abandonar definitivamente la, no “esquemática” sino “errónea” tesis marxista (15). Para Thompson, esta tesis marxista de la relación dialéctica entre base económica y superestructura no era más que una “azarosa metáfora” que le perseguía y “que a veces preferiría invertir” (16). Y sin embargo, el marxismo plantea que, efectivamente, en algunas ocasiones, esta relación dialéctica, contradictoria, se invierte en la realidad del proceso histórico, pasando el aspecto secundario de la contradicción –en este caso, la superestructura– a ocupar la posición predominante. Pero Thompson oculta esta importante cuestión, planteando su particular forma, idealista, de “invertir” la relación. Veamos, en primer lugar, como el marxismo entiende esta inversión dialéctica para luego ver cómo la entendía Thompson. En 1937 Mao Tse-tung escribía su famoso trabajo filosófico “Sobre la contradicción”, donde explicaba lo siguiente:

“En toda contradicción, el desarrollo de los aspectos contradictorios es desigual. A veces ambos parecen estar en equilibrio, pero tal situación es sólo temporal y relativa, en tanto que la desigualdad es el estado fundamental. De los dos aspectos contradictorios, uno ha de ser el principal, y el otro, el secundario. El aspecto principal es el que desempeña el papel dirigente en la contradicción. La naturaleza de una cosa es determinada fundamentalmente por el aspecto principal de su contradicción, aspecto que ocupa la posición predominante.

Pero esta situación no es estática; el aspecto principal y el no principal de una contradicción se transforman el uno en el otro y, en consecuencia, cambia la naturaleza de una cosa. En un determinado proceso de desarrollo de una contradicción o en una etapa dada de éste, el aspecto principal es A y el aspecto no principal es B, pero en otra etapa o proceso, los papeles se invierten”. (...) *“Algunos estiman que no ocurre así con ciertas contradicciones. Por ejemplo, según ellos, en la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, las fuerzas productivas constituyen el aspecto principal; en la contradicción entre la práctica y la teoría, la práctica constituye el aspecto principal; en la contradicción entre la base económica y la superestructura, la base económica constituye el aspecto principal; y los aspectos no cambian de posición entre sí. Esta es una concepción materialista mecanicista, y no materialista dialéctica. Es verdad que las fuerzas productivas, la práctica y la base económica desempeñan por regla general el papel principal y decisivo; quien niegue esto no es materialista. Pero hay que admitir también que, bajo ciertas condiciones, las relaciones de producción, la teoría y la superestructura desempeñan, a su vez, el papel principal y decisivo. Cuando el desarrollo de las fuerzas productivas se hace imposible sin un cambio de las relaciones de producción, este cambio desempeña el papel principal y decisivo. La creación y divulgación de una teoría revolucionaria desempeña el papel principal y decisivo en determinados momentos, refiriéndose a los cuales dijo Lenin: «Sin teoría revolucionaria, no puede haber tampoco movimiento revolucionario». Cuando hay una tarea por cumplir (sea la que fuere), pero se carece todavía de orientación, método, plan o política, lo principal y decisivo es determinar una orientación, método, plan o política. Cuando la superestructura (política, cultura, etc.) obstaculiza el desarrollo de la base económica, las transformaciones políticas y culturales pasan a ser lo principal y decisivo. ¿Estamos yendo en contra del materialismo al afirmar esto? No. La razón es que, junto con reconocer*

que, en el curso general del desarrollo histórico, lo material determina lo espiritual y el ser social determina la conciencia social, también reconocemos y debemos reconocer la reacción que a su vez ejerce lo espiritual sobre lo material, la conciencia social sobre el ser social, y la superestructura sobre la base económica. No vamos así en contra del materialismo, sino que evitamos el materialismo mecanicista y defendemos firmemente el materialismo dialéctico” (17).

He aquí, magistralmente sintetizada, la explicación marxista sobre la relación dialéctica real entre la base económica y la superestructura. En lugar de una “azarosa metáfora”, “deficiente”, “reduccionista” y que inevitablemente conduce la mente hacia un “determinismo económico vulgar”, nos encontramos con una ley incuestionable de la dialéctica materialista. Ponerla en cuestión o incluso negarla es legítimo, sin duda, pero quien así lo hace no puede ser considerado como un historiador marxista. Pero, volvamos a Thompson, para ver con más detenimiento como su particular forma de “invertir” la relación base económica-superestructura se aleja radicalmente del materialismo dialéctico para caer, no en el materialismo mecanicista, sino –lo que es peor– en una concepción idealista de la historia.

5. LOS CONCEPTOS THOMPSONIANOS DE CLASE SOCIAL Y DE CONCIENCIA DE CLASE

Si por algo es conocido mundialmente E. P. Thompson, incluso por los que no lo han leído, es por su revisión del concepto marxista de “clase social”. El propio Thompson estaba convencido –con el elevado concepto de sí mismo que siempre le acompañó– de haber realizado una contribución fundamental al fenómeno de las clases. Sin embargo, obtener una idea clara de cual era su postura frente a esta cuestión nos obliga a sumergirnos en los enmarañados razonamientos –frecuentemente expuestos en forma de crítica al estructuralismo de Althusser– con los que el historiador británico solía camuflar sus auténticos postulados. Tras estos razonamientos, a menudo contradictorios entre sí, subyace, no obstante, una clara visión idealista, antimarxista, de las clases, que será aprovechada luego por la historiografía postmoderna para negar la propia estructura clasista de la sociedad. Dejando de lado su crítica a Althusser, veamos, por fin, su concepción sobre las clases sociales en la historia:

“Estoy convencido de que no podemos comprender la clase a menos que la veamos como una formación social y cultural que surge de procesos que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable. En los años que van entre 1780 y 1832, la mayor parte de la población trabajadora inglesa llegó a sentir una identidad de intereses común a ella misma y frente a sus gobernantes y patronos. Esta clase gobernante estaba muy dividida, y de hecho sólo ganó cohesión a lo largo de los mismos años porque se superaron ciertos antagonismos (o perdieron importancia relativa) frente a una clase obrera insurgente” (18).

“Las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico”. (19)

“La clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos) a los suyos” (20).

En estos párrafos se advierte claramente de qué tipo era la “inversión” de la dialéctica base económica-superestructura que Thompson *a veces preferiría* efectuar. Lejos de ser, en realidad, la superación de un supuesto materialismo mecanicista en el que habrían incurrido buena parte de los marxistas anteriores y coetáneos al historiador británico, de lo que se trata es de una negación total del contenido materialista del concepto *clase social*. Es la *conciencia social*, según Thompson, la que define el *ser social*. La clase *aparece* cuando sus componentes *sienten* su identidad de intereses y la contradicción de dichos intereses con los de otras clases que, a su vez, también toman conciencia de tal antagonismo. Mientras no haya tal concienciación no se podría, por lo tanto, hablar de la existencia de clases. Y en esos casos de falta de conciencia ¿cómo se estructuraba la sociedad? Según Thompson, en *¡modos determinados!* Coincide en este planteamiento idealista con Eric J. Hobsbawm, para el que “*la clase y los problemas de la conciencia de clase son inseparables. Clase en su sentido más pleno sólo llega a existir en el momento histórico en que la clase empieza a adquirir conciencia de sí misma como tal*” (21).

Es este idealismo el que explica los problemas de Thompson para utilizar el concepto de *clase* en referencia a épocas históricas anteriores al Capitalismo, donde no existía esa conciencia de clase o, al menos, no en el sentido que le da Thompson. Para él, era posible utilizar el concepto *clase*, como categoría histórica, de dos formas diferentes:

a) Para utilizarlo con referencia a la sociedad industrial capitalista del siglo XIX, cuando existía conciencia de clase. “De aquí que el concepto no sólo nos permita organizar y analizar la evidencia; está también, en un sentido distinto, *presente en la evidencia misma*”. b) Para analizar sociedades anteriores a la revolución industrial, cuando no existía tal conciencia de clase. En esos casos, según la concepción de Thompson, “la correspondencia de la categoría con la evidencia histórica se hace mucho menos directa”:

“Si la clase no era un concepto asequible dentro del propio sistema cognoscitivo de la gente, si se consideraban a sí mismos y llevaban a cabo sus batallas históricas en términos de «estados», «jerarquías» u «órdenes», etc., entonces al describir estas luchas históricas en términos de clase debemos extremar el cuidado contra la tendencia a leer retrospectivamente notaciones subsecuentes de clase. Si decidimos continuar empleando la categoría heurística de clase (a pesar de la dificultad omnipresente), no es por su perfección como concepto, sino por el hecho de que no disponemos de otra categoría alternativa para analizar un proceso histórico universal y manifiesto. Por ello no podemos (en el idioma inglés) hablar de «lucha de estados» o «lucha de órdenes», mientras que «lucha de clases» ha sido utilizado, no sin dificultad pero con éxito notable, por los historiadores de sociedades antiguas, feudales y modernas tempranas; y estos historiadores, al utilizarlo, le han impuesto sus propios refinamientos y matizaciones al concepto con respecto a su propia especialidad histórica” (22).

Si no había quedado clara ya la concepción antimarxista que tiene Thompson de las *clases*, aquí hemos visto un buen ejemplo de ella. El concepto marxista de *clase social*, según el historiador británico, sólo tiene aplicación *perfecta* a las sociedades en las que existía conciencia de tal estructuración social clasista. Para las etapas históricas anteriores, *si decidimos continuar empleándolo* – bien podríamos decidir otra cosa– es simplemente porque no disponemos *¡en el idioma inglés!* de

otra categoría alternativa más adecuada. Thompson pensaba que el hecho de que una clase social histórica tuviese conciencia de su existencia como tal –y de su antagonismo con otra u otras clases– le proporcionaba una cualidad sustancialmente diferente a la de las clases que, en su devenir histórico, no tuvieron nunca tal grado de elaborada conciencia. Se trataba de cosas esencialmente distintas. Utilizar en ambos casos el mismo concepto teórico de “clase social” sería, siguiendo el razonamiento de Thompson, como mezclar peras y manzanas. Si lo hacemos es porque no tenemos otro concepto mejor. Años después, los historiadores postmodernos, libres de los *prejuicios* historiográficos de Thompson, resolverían los problemas en los que éste se vio inmerso y *decidirán no continuar empleando el causalismo social*: si no hay conciencia de clase o la conciencia que hay no es la que la teoría marxista determina que tendría que haber, es porque no se puede hacer una interpretación clasista de la historia: el ser social no determina, ni condiciona –más que como límite material– la conciencia social (23). Para desarrollar su razonamiento, los postmodernos –y antes que ellos, el propio Thompson– se ven obligados a partir de una premisa falsa. Según ellos, el materialismo histórico afirma que a cada clase social –y particularmente, a la clase obrera– le corresponde una conciencia, generada *espontáneamente* en el proceso social histórico, que reflejaría la realidad objetiva de dicha clase. Cuando la investigación histórica comenzó a demostrar la abundancia de las “anomalías” –entendidas como “las discrepancias entre el comportamiento real de los individuos y la conducta que la teoría prescribía como natural”– se generaron dos tipos de salidas: mientras que unos –los más *inteligentes*– comenzaron a reformular intensamente las concepciones historiográficas materialistas, otros –los más *dogmáticos*– inventaron las más diversas y peregrinas argumentaciones para intentar justificar *por qué la realidad no concuerda con la teoría*, por qué tantos casos empíricos “se desviaban de una predicción teórica tomada como base incuestionada del análisis” (24). Decía Lenin, en su crítica a *Kautsky*, que “atribuir al adversario una evidente necedad y refutarla después es procedimiento de personas no muy inteligentes”. La verdad es que el marxismo jamás ha planteado lo que los postmodernos le atribuyen, sino todo lo contrario. La conciencia de clase –entendida, no como mentalidad general de los miembros de una clase, sino como correcto *reflejo* subjetivo de la realidad objetiva de la clase– nunca surge de manera *espontánea* en la clase obrera. Es el socialismo científico, el comunismo, el que tiene como una de sus tareas principales la de infundir “a la clase llamada a hacer esta revolución, a la clase hoy oprimida, la conciencia de las condiciones y de la naturaleza de su propia acción” (25). El mismo *Kautsky*, cuando aún era marxista, explica perfectamente la cuestión de la conciencia de la clase obrera:

“Muchos de nuestros críticos revisionistas entienden que Marx ha afirmado que el desarrollo económico y la lucha de clases, además de crear las premisas para la producción socialista, engendran directamente la conciencia de su necesidad. Y he aquí que esos críticos replican que Inglaterra, el país de mayor desarrollo capitalista, es más ajeno que ningún otro país a esta conciencia. [...] En este orden de ideas, la conciencia socialista aparece como el resultado necesario y directo de la lucha de clase del proletariado. Pero esto es falso. Por cierto, el socialismo, como doctrina, tiene sus raíces en las relaciones económicas actuales, exactamente igual que la lucha de clase del proletariado, y, por lo mismo que ésta, se deriva aquél de la lucha contra la pobreza y la miseria de las masas, pobreza y miseria que el capitalismo engendra; pero el socialismo y la lucha de clases surgen paralelamente y no se deriva el uno de la otra; surgen de premisas diferentes. La conciencia socialista moderna puede surgir únicamente sobre la base de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea constituye una premisa de la producción socialista lo mismo que, pongamos por caso, la técnica moderna, y el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear ni la una ni la otra; ambas surgen

del proceso social contemporáneo. Pero el portador de la ciencia no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa: es del cerebro de algunos miembros de esta capa de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clase del proletariado allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera (...) en la lucha de clase del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente (...) dentro de ella. De acuerdo con esto, ya el viejo programa de Heinfeld decía, con todo fundamento, que es tarea de la socialdemocracia el llevar al proletariado la conciencia de su situación (...) y de su misión. No habría necesidad de hacerlo si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases” (26).

Y Lenin añadía, a continuación:

“Ya que no puede ni hablarse de una ideología independiente, elaborada por las mismas masas obreras en el curso de su movimiento el problema se plantea solamente así: ideología burguesa o ideología socialista. No hay término medio (pues la humanidad no ha elaborado ninguna «tercera» ideología; además, en general, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase nunca puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de las clases). Por eso, todo lo que sea rebajar la ideología socialista, todo lo que sea alejarse de ella equivale a fortalecer la ideología burguesa. Se habla de espontaneidad. Pero el desarrollo espontáneo del movimiento obrero marcha precisamente hacia su subordinación a la ideología burguesa, marcha precisamente por el camino del programa del Credo, pues el movimiento obrero espontáneo es tradeunionismo (...) y el tradeunionismo implica precisamente la esclavización ideológica de los obreros por la burguesía. Por eso, nuestra tarea, la tarea de la socialdemocracia, consiste en combatir la espontaneidad, hacer que el movimiento obrero abandone esta tendencia espontánea del tradeunionismo a cobijarse bajo el ala de la burguesía y atraerlo hacia el ala de la socialdemocracia revolucionaria” (27).

Después de aclarar este importante aspecto, véase lo ridícula que resulta la crítica postmoderna al materialismo histórico. Jesús de Felipe –joven historiador del giro lingüístico canario– sustenta toda su argumentación en razonamientos como estos: “Cuando acontece la frecuente paradoja de la existencia de una clase en sí unida a conductas no revolucionarias, ésta tiende a ser explicada [por los historiadores marxistas] como si fuera más bien una anomalía”. Consultando un periódico obrero –publicado en Tenerife entre 1900 y 1906– hace el “revolucionario” descubrimiento –¡eureka!– de que los obreros no tenían conciencia de clase, descubrimiento que demostraría el error de intentar construir una “interpretación clasista de la historia del movimiento obrero” (28). Quiere combatir el marxismo y, sin tan siquiera suponerlo, viene a darle la razón. Refiriéndonos al movimiento obrero canario de la primera década siglo XX, la anomalía hubiese sido encontrarnos con una clase con conducta revolucionaria, con conciencia de clase, ¡una década antes de la aparición en las Islas del primer partido de “inspiración” marxista! (29). Eso sí que hubiese negado las leyes del marxismo.

Falta decir que E. P. Thompson, por supuesto, no compartía esta tesis fundamental del marxismo sobre la conciencia de clase (30). Para él se trataba simplemente de la forma en que la experiencia de clase (“ampliamente determinada por las relaciones de producción”) se expresaba en términos culturales, encarnada en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales”. Algo así como la mentalidad de la clase (31) La concepción marxista sobre la conciencia de clase era despreciada porque, según el historiador británico,

“De un modelo estático de relaciones de producción capitalista se derivan las clases que tienen que corresponder al mismo, y la conciencia que corresponde a las clases y sus posiciones relativas. En

una de sus formas (generalmente leninista), bastante extendida proporciona una fácil justificación para la política de «sustitución»: es decir la «vanguardia» que sabe mejor que la clase misma cuáles deben ser los verdaderos intereses (y conciencia) de ésta. Si ocurriera que «ésta» no tuviera conciencia alguna, sea lo que fuera lo que tenga, es una «falsa conciencia» (32).

6. THOMPSON CONTRA LA CIENTIFICIDAD DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

Hasta tal punto estaba Thompson alejado del marxismo, como vemos, que llegaba a negar incluso la necesidad histórica del Partido Comunista, vanguardia consciente de la clase obrera. Y no fueron estos los únicos aspectos en los que Thompson renegó abiertamente del marxismo. Además, por si fuera poco, llegó a negar la propia científicidad de la historiografía marxista, algo que los postmodernos actuales no pueden sino agradecerle. Para Thompson – “la *historia no está gobernada por leyes y no conoce causas suficientes, y si algunos historiadores futuros suponen lo contrario, estarán cayendo en el error de post hoc ergo propter hoc*”, error en el que, según el británico, cayeron los propios Marx y Engels (33). Parece claro que, en su cuestionamiento del dogmatismo de Althusser, Thompson demostró tener un problema grave con la teoría histórica y siempre se halla latente el *empirismo* que le criticarían con razón Althusser y el propio Perry Anderson. Para Thompson, “la historia no es (...) ninguna estación experimental gigantesca en que la teoría fabricada en otra parte pueda ser «aplicada», «contrastada» y «confirmada»” (34). En otra parte, no, pero en la propia historia, sí. Las leyes del materialismo histórico han sido extraídas de la historia y son confirmadas por todo el proceso histórico de la humanidad. La práctica es el criterio para el discernimiento entre lo verdadero y lo erróneo. En el caso de una teoría como el marxismo, son los resultados obtenidos en la práctica de la transformación revolucionaria de la realidad social los que determinan la corrección de sus postulados. Esa es la teoría materialista dialéctica del conocimiento (35). La negación antimarxista de la científicidad de la historia, planteada por “un historiador sociocultural *pionero* como E. P. Thompson”, sería posteriormente desarrollada por los historiadores postmodernos. Las leyes del marxismo, según estos, han sido inventadas en la cabeza de los marxistas y no concuerdan, de ningún modo, con la realidad histórica (36).

7. THOMPSON CONTRA EL SENTIDO DE LA HISTORIA

En la misma línea de su anterior negación de la científicidad de la historia, Thompson negó, igualmente, que el proceso histórico esté dotado de sentido alguno, una idea que chocaba incluso con lo planteado antes por otros de sus compañeros de escuela (37). Para él, la historia, aún siendo *objetiva*, no tiene sentido, no avanza en ninguna dirección, siendo, por lo tanto, *subjetiva* cualquier apreciación de este tipo que los historiadores realicemos. Ni que decir tiene que esta idea, totalmente contraria al marxismo, fue posteriormente recogida por la historiografía postmoderna (38). Para Thompson, los datos empíricos no indican la existencia de ningún sentido histórico objetivo del proceso histórico:

«progreso» es un concepto o bien carente de sentido, o, peor aún, cuando se imputa como atributo al pasado (y tales atribuciones sí pueden ser denunciadas con propiedad como «historicistas»), susceptible sólo de adquirir un sentido desde una particular posición en el presente, una posición de valor en busca de su propia genealogía” (39).

La dialéctica marxista, desarrollada en este punto a partir del lado revolucionario de la filosofía hegeliana, defiende, por el contrario, la existencia de un sentido progresivo subyacente en el transcurso de la historia:

“La gran idea cardinal de que el mundo no puede concebirse como un conjunto de objetos terminados, sino como un conjunto de procesos, en el que las cosas que parecen estables, al igual que sus reflejos mentales en nuestras cabezas, los conceptos, pasan por un cambio ininterrumpido, por un proceso de devenir y desaparecer, a través del cual, pese a todo su aparente carácter fortuito y a todos los retrocesos momentáneos, se acaba imponiendo siempre una trayectoria progresiva; esta gran idea cardinal se halla ya tan arraigada, sobre todo desde Hegel, en la conciencia habitual, que, expuesta así, en términos generales, apenas encuentra oposición” (40).

Por otra parte, resulta evidente para cualquier observador –no hace falta ser historiador– que el mundo ha progresado desde la prehistoria hasta la actualidad. Al contrario de lo dice Thompson, todos los datos empíricos lo demuestran. ¿Por qué, entonces, ese empeño del historiador británico –y luego de sus sucesores postmodernos– en negar el sentido de la historia? Por su necesidad de negar la inevitabilidad del socialismo –y luego del comunismo– como etapa históricamente superior a la capitalista y cuya instauración se convierte, según las *Leyes* de la *Ciencia* del marxismo, en “la misión histórica del proletariado moderno” (41). Véase, así, por qué el *descubrimiento de las leyes del desarrollo social y su puesta en práctica consciente son un ultraje a los intereses de las clases dominantes decadentes y reaccionarias, y no puede esperarse de su parte más que una violenta resistencia hacia ellas* (42).

8. THOMPSON CONTRA MARX Y ENGELS

Pero no sólo se trata de los numerosos aspectos en los que la concepción histórica de Thompson, más o menos abiertamente, entraba en contradicción *antagónica* con el materialismo histórico. Además, en algunos trabajos, el británico dio rienda suelta a una inusitada rabia hacia los fundadores del marxismo. A Engels –que fuera, después de Marx, “el *más notable sabio y maestro del proletariado contemporáneo de todo el mundo civilizado*” (LENIN)– lo insulta llamándolo “viejo payaso” (43). Llega a decir que el estilo de *El Capital* –la obra *principal* de Marx– le parece *aborrecible* (44) y plantea:

“Estamos obligados a estar de acuerdo con siete generaciones de críticos: El Capital es una monumental incoherencia. Como economía política pura, se le puede reprochar que introduzca categorías externas, sus leyes no pueden verificarse y sus predicciones han resultado falsas. Como «historia» o como «sociología», se reduce a un «modelo» abstracto, con valor heurístico pero que sigue demasiado obsequiosamente unas leyes económicas ahistóricas” (45).

No está mal para un historiador que se presentaba como marxista.

9. CONCLUSIÓN

Finalizamos, así, este trabajo. En absoluto hemos intentado presentarnos como especialistas en la obra thompsoniana o en la historiografía del “marxismo británico” y mucho menos como filósofos de la historia. Tampoco hemos venido a hacer leña del árbol caído. Hemos pretendido, simplemente, poner de manifiesto, en primer lugar, que Edward Palmer Thompson, conocido mundialmente como uno de los “colosos” del llamado “marxismo británico”, no fue, en realidad, un historiador marxista

sino burgués, puesto que renegó abiertamente de los principios esenciales del marxismo (46). Y en segundo lugar, que aquellos aspectos fundamentales en los que Thompson renegó del materialismo histórico, contribuyeron a preparar el terreno para la actual historiografía postmoderna y *girolingüística*, último de los intentos de la burguesía y el imperialismo –especialmente estadounidense– de aplastar definitivamente al viejo enemigo que sigue siendo el marxismo (47). Si queremos combatir la actual ofensiva historiográfica de esta corriente reaccionaria no podemos, por lo tanto, enarbolar las obras de Thompson ni las del resto de integrantes de esa *escuela* revisionista que se conoce como “marxismo británico”. Ni tampoco tiene sentido reconstruir la fenecida “coalición progresista” por la que suspira Hobsbawm (48). Muchos de los que habrían de reconstruirla han evolucionado ya hacia el postmodernismo que Hobsbawm pretende combatir. Por el contrario, lo que debemos hacer es, en primer lugar y como tarea principal, estudiar el marxismo verdadero, que sigue tan vigente como siempre en las obras de los *Clásicos* y que en los ámbitos académicos se ha pretendido tergiversar o, directamente, silenciar. Y, en segundo lugar, recuperar la historiografía marxista que se desarrolló en los países socialistas, recuperación que habrá de hacerse estrechamente vinculada al estudio de los *Clásicos*. Ellos son la referencia fundamental –como se ha pretendido demostrar en este trabajo– para aprender a discernir entre marxismo y revisionismo.

NOTAS:

- (1) Es significativo el caso de George C. Comninel. En su obra *Rethinking the French Revolution: marxism and the revisionist challenge*, este discípulo de Rudé ataca la interpretación clasista de la Revolución Francesa. La visión tradicional del marxismo sobre esta revolución, que siempre la ha interpretado en clave de revolución burguesa, reproduce –según Comninel– los planteamientos erróneos del propio Marx, que habría extraído acriticamente su versión de los escritores liberales del siglo XIX (KAYE, H. J., “George Rudé, historiador social”, en RUDÉ, G., *El rostro de la multitud*, Fundación Instituto de Historia Social, Valencia, 2001, p. 72).
- (2) Rudé ingresó en el Partido Comunista Británico en 1935, impresionado por la experiencia soviética, que conoció directamente en 1932 cuando realizó un viaje de vacaciones a la URSS de Stalin. Al regresar a Inglaterra se convirtió en un «comunista y antifascista comprometido» (RUDÉ, G., *El rostro de la multitud*, op. cit., p. 19).
- (3) Hill ingresó en el Partido Comunista británico en 1937, tras un año de estancia en la Unión Soviética de Stalin, donde recibió la influencia directa de la historiografía marxista soviética y, en particular, de los análisis que estos historiadores hacían sobre la revolución inglesa del siglo XVII. Tras el XX Congreso del PCUS y la invasión de Hungría, Hill abandonó el Partido Comunista británico (1957), al parecer, por considerar insuficiente la *desestalinización* dirigida por Krushev. De esta nueva etapa son la mayoría de sus obras (MIRAS, J., y TAFALLA, J., “In memoriam de Cristopher Hill”, *EspaiMarx*, 2003, <http://www.epaimarx.org/in-memoriam-de.htm>).
- (4) (4) *The making of the english working class* fue publicada por primera vez en 1963, cuando Thompson ya había abandonado el Partido Comunista británico.
- (5) Véanse los prólogos de Fontana a las ediciones españolas de *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832*, ed. Laia, Barcelona, 1977, y de *Tradición, revuelta y*

conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial, ed. Crítica, Barcelona, 1979.

- (6) LENIN, V. I., “Tareas de las Juventudes Comunistas”, discurso pronunciado en el III Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas de Rusia el 2 de octubre de 1920, en LENIN, V. I., *La cultura y la revolución cultural*, ed. Progreso, Moscú, 1976, pp. 125-131.
- (7) MAO TSE-TUNG, “Rectifiquemos el estilo de trabajo en el Partido”, en MAO TSE-TUNG, *Obras Escogidas*, T. 3, ed. La Rosa Blindada/Nativa Libros, Buenos Aires, 1973, pp. 33-40.
- (8) THOMPSON, E. P., “Marxismo e Historia”, en THOMPSON, D. (ed.), *Edward Palmer Thompson*, ed. Crítica, Barcelona, 2002, p. 541.
- (9) Lo que hicieron los rusos y los chinos con sus “rígidos esquemas formales del pasado” ya lo sabemos: llevaron a cabo la mayor transformación revolucionaria de la historia en un tiempo increíblemente reducido; construyeron el socialismo –tal como Marx y Engels predijeron-, emanciparon a cientos de millones de personas de la opresión semifeudal, semicolonial y capitalista; derrotaron al fascismo alemán y japonés, etc. Lo que los revisionistas ingleses han hecho con su enfoque superior y multicomprendido –la *vía británica al socialismo*– también lo sabemos: nada; pero nada de nada.
- (10) HOBSBAWM, E. J., “¿Qué deben los historiadores a Karl Marx”, en HOBSBAWM, E. J., *Sobre la Historia*, ed. Crítica, Barcelona, 1998, p. 161.
- (11) Carta de Engels a J. Bloch, Londres, 21 de septiembre de 1890.
- (12) MARX, C., *Contribución a la crítica de la economía política*, Alberto Corazón, Editor, Madrid, 1978, pp. 42-43.
- (13) THOMPSON, E. P., “Marxismo e Historia”, en THOMPSON, D. (ed.), *Edward Palmer Thompson*, op. cit., pp. 534-535.
- (14) THOMPSON, E. P., *Agenda para una historia radical*, pp. 37-41.
- (15) CABRERA ACOSTA, M. A., “Historia y teoría de la sociedad: del giro culturalista al giro lingüístico”, en FORCADELL, C., y PEIRÓ, I. (Coords.), *Lecturas de la Historia. Nueve reflexiones sobre Historia de la Historiografía*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2002, p. 258.
- (16) THOMPSON, E. P., *Agenda para una historia radical*, p. 11.
- (17) MAO TSE-TUNG, “Sobre la contradicción”, en MAO TSE-TUNG, *Obras Escogidas*, T. I, Editorial Fundamentos, Madrid, 1974, pp. 355-359. Esta tesis de Mao fue muy importante en el transcurso de la revolución china y, en concreto, en la lucha contra el revisionismo de Liu Shao- chi. “La «teoría de las fuerzas productivas» propugnada por Liu Shao- chi describió unilateralmente el progreso de la sociedad como el resultado natural del desarrollo de las fuerzas productivas, principalmente de los instrumentos de producción. Tal teoría negó por completo que, en determinadas ocasiones, la superestructura y las relaciones de producción desempeñan el papel principal y decisivo con respecto a la base económica y las fuerzas productivas, también negó totalmente que, el proletariado, al emprender en forma consciente la revolución bajo la guía de la teoría

revolucionaria, conquistar el Poder y cambiar las relaciones de producción, desempeña el papel decisivo para desarrollar las fuerzas productivas e impulsar el desenvolvimiento social”. (...) “Utilizó el materialismo mecanicista para reemplazar el materialismo dialéctico, y el evolucionismo vulgar para combatir a la dialéctica revolucionaria” (JUNG SÜE-PING, “La esencia de la «Teoría de las fuerzas productivas» es oponerse a la revolución proletaria”, publicado en *Pekín Informa*, no 58, septiembre de 1969).

- (18) THOMPSON, E. P., Prefacio de su obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, ed. Crítica, Barcelona, 1989, p. XVI.
- (19) THOMPSON, E. P., *Tradición, revuelta y conciencia de clase...*, op. cit., p. 37.
- (20) THOMPSON, E. P., Prefacio de su obra *La formación...*, op. cit., pp. XIII-XIV.
- (21) Citado por Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, op. cit., p. 37. La fecha de la cita es 1971.
- (22) *Ibid...*, pp. 36-37.
- (23) CABRERA ACOSTA, M. A., “Historia y teoría de la sociedad: del giro culturalista al giro lingüístico”, op. cit., p. 261.
- (24) Los entrecomillados han sido extraídos del trabajo, anteriormente citado, de Miguel Angel Cabrera Acosta, p. 256, y del de su discípulo Jesús de Felipe Redondo, “La revolución moral. Justicia, igualdad y trabajo. Un análisis histórico del periódico *El Obrero*, *Revista de Historia Canaria*, no 20, abril 2004, p. 55.
- (25) ENGELS, F., *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Ricardo Aguilera Editor, Madrid, 1968, p. 88.
- (26) Citado por Lenin en su obra *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, LENIN, V. I., *Obras Escogidas*, T. I., Akal/Ayuso Editores, Madrid, 1975, p. 149.
- (27) *Ibid...*, p. 149-150.
- (28) La influencia de las concepciones idealistas de los revisionistas británicos es evidente. Si no hay conciencia –espontánea- de clase no hay clases, *en su sentido más pleno* (HOBSBAWM). Y si no hay clases, evidentemente, ¿cómo fabricar una explicación clasista del proceso histórico? Véase, una vez más, como los historiadores “marxistas” británicos allanaron el terreno al postmodernismo girolingüista. Otro error del trabajo de Jesús de Felipe –secundario con respecto a éste- sería el de interpretar la “conciencia” de la clase obrera en base a la conciencia de sus dirigentes reformistas, que eran los que controlarían el órgano de prensa de la agrupación gremial. En este sentido, lo único que demostraría su pequeña investigación sería la ideología tradeunionista, burguesa, de los dirigentes de la primera organización obrera de Tenerife. Serían los cañones de la Revolución de Octubre en Rusia los que comenzarían a remover, varias décadas después, esta conciencia burguesa, trayendo a Canarias los primeros atisbos de conciencia marxista, elevada ya a la segunda etapa del marxismo-leninismo. A este respecto puede consultarse nuestro trabajo *Azucena Roja, camino de Octubre. La aparición del comunismo en Tenerife*, ed. Artemisa, Tenerife, 2004.
- (29) La primera agrupación socialista de Tenerife surgió en 1917. Sin embargo, su

arraigada concepción política reformista –tradeunionista- impediría, realmente, la difusión entre las clases populares de una conciencia realmente revolucionaria, que no aparecería en la isla hasta años después (RODRÍGUEZ ACEVEDO, J. M., *Azucena Roja...*, op. cit).

- (30) (30) Por defender una postura opuesta, en este punto, a la de Thompson, ha sido tildado Rudé, precisamente, de “leninista”, aunque sería exculpado parcialmente de tal pecado porque su concepción materialista “nos lleva más allá de un leninismo simplista” y porque “no se quedó anclado en su molde leninista”, dejándose influir posteriormente –años 70 y 80- por los estudios del resto de historiadores marxistas británicos (Véase el estudio introductorio de Harvey J. Kaye a la recopilación de artículos de George Rudé, *El rostro de la multitud*, op. cit., pp. 48-50 y 55).
- (31) (31) THOMPSON, E. P., “Prefacio” de su obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, en *Edward Palmer Thompson*, op. cit., p. 14. Ya vimos antes, sin embargo, que no se trataba, para Thompson, de cualquier mentalidad, sino de aquella en la que existía la idea de pertenencia a una clase, con intereses opuestos a los de otras clases que también tenían conciencia de tal oposición.
- (32) THOMPSON, E. P., *Tradición, revuelta...*, op. cit., pp. 35.
- (33) THOMPSON, “La lógica de la historia”, en THOMPSON, D. (ed.), *Edward Palmer Thompson*, op. cit., p. 523. Sobra aclarar que, efectivamente, todo el marxismo se sustenta en la posibilidad de descubrir científicamente las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad. Quien niegue esto no puede ser considerado como marxista. Como explica Engels “la historia se rige por leyes generales de carácter interno. También aquí reina, en la superficie y en conjunto, pese a los fines conscientemente deseados de los individuos, un aparente azar; rara vez acaece lo que se desea, y en la mayoría de los casos los muchos fines propuestos se entrecruzan unos con otros y se contradicen, cuando no son de suyo irrealizables o insuficientes los medios de que se dispone para llevarlos a cabo. Las colisiones entre las innumerables voluntades y actos individuales crean en el campo de la historia un estado de cosas muy análogo al que impera en la naturaleza inconsciente. Los fines de los actos son obra de la voluntad, pero los resultados que en la realidad se derivan de ellos no lo son, y aun cuando parezcan ajustarse de momento al fin propuesto, a la postre encierran consecuencias muy distintas a las propuestas. Por eso, en conjunto, los acontecimientos históricos también parecen estar presididos por el azar. Pero allí donde en la superficie de las cosas parece reinar la casualidad, ésta se halla siempre gobernada por leyes internas ocultas, y de lo que se trata es de descubrir estas leyes” (ENGELS, F., *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Ricardo Aguilera Editor, Madrid, 1968, pp. 62-63).
- (34) (34) *Ibid.*..., p. 520.
- (35) No podemos ahora detenernos demasiado en argumentar más detalladamente este aspecto. Sirva como ejemplo de lo dicho la tesis marxista que plantea que las relaciones de producción, en un momento dado de la evolución histórica de una sociedad, se convierten en un obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas de dicha sociedad y que la revolución social tiene por misión, precisamente, la de liberar dichas fuerzas

productivas. La construcción del socialismo en la URSS y en China sería la mejor demostración práctica de esta tesis, alcanzando ambos países, pocos años después de la revolución, un inmenso desarrollo económico que transformaría profundamente su economía, enormemente atrasada hasta ese momento. (

- (36) FELIPE REDONDO, J., “La revolución moral...”, op. cit., pp. 54-55.
- (37) Dice George Rudé en 1970: “Lo que aprendí de Marx no fue sólo el hecho de que la historia tiende a progresar mediante conflictos entre las clases sociales (...), sino también que ésta tiene unas pautas que se pueden descubrir, y se mueve hacia delante (y no hacia atrás ni en círculos, ni a partir de sacudidas inexplicables) y, de manera amplia, desde un estadio de desarrollo inferior hacia otro superior” (RUDÉ, G., *El rostro de la multitud*, op. cit., p. 102).
- (38) El trabajo antes citado de Jesús de Felipe, según su autor, tiende a “superar algunas de las limitaciones de aquellas interpretaciones que se basan en un enfoque teórico particular, aquel que dota de un *sentido* a los distintos períodos del fenómeno estudiado que sólo se entiende en clave *finalista*, es decir, según una concepción teleológica de la historia del movimiento obrero” (FELIPE REDONDO, J., “La revolución moral...”, op. cit., p. 52-53).
- (39) (39) THOMPSON, E. P., “La lógica de la Historia”, en THOMPSON, D. (ed.), *Edward Palmer Thompson*, op. cit., p. 515.
- (40) (40) ENGELS, F., *Ludwig Feuerbach...*, op. cit., p. 57.
- (41) (41) ENGELS, F., *Del socialismo utópico al socialismo científico*, op. cit., p. 88. Hobsbawm coincide en este punto, como en otros, con Thompson en la negación de la inevitabilidad del comunismo, en la negación del marxismo: “Marx quería demostrar *a priori* que cierto resultado histórico, el comunismo, era el fruto inevitable de la evolución histórica. Pero en modo alguno está claro que esto pueda probarse por medio del análisis histórico científico” (HOBSBAWM, E. J., “Marx y la Historia”, en HOBSBAWM, E. J., *Sobre la Historia*, op. cit., p. 167).
- (42) (42) TCHANG EN-TSÉ, *Verdad y conocimiento. La teoría del conocimiento del materialismo dialéctico en China Popular*, ed. Akal, Madrid, 1976, p. 83.
- (43) (43) *Edward Palmer Thompson*, op. cit., p. 541.
- (44) (44) *Ibíd...*, p. 547.
- (45) *Ibíd...*, p. 539.
- (46) (46) Vemos ahora qué sentido tiene el hecho de que el Materialismo Histórico sea explicado en las facultades de Historia –cuando no es directamente ignorado– a partir de las obras de Thompson y, en general, de los historiadores revisionistas británicos. La Universidad demuestra, una vez más, su compromiso absoluto con los intereses de las clases dominantes.
- (47) (47) Un intento anterior, de escaso éxito, fue el del “fin de la Historia”. Desgraciadamente, para los intereses del imperialismo, fueron pocos los que se contentaron con la idea de Fukuyama de que la historia hubiese llegado a su fin con el

triunfo del capitalismo y de la democracia liberal. Se hizo necesario, por lo tanto, atacar por otro flanco. De este modo, en las universidades americanas se gestó la “Nueva Historia” del giro lingüístico, que ahora se exporta a todos los rincones de este planeta en ebullición general.

- (48) (48) Esta coalición progresista consistía en la alianza estratégica de la historiografía “marxista” –tal y como él la entendía- con otras corrientes historiográficas burguesas, como la escuela de los *Annales*: “Unos y otros se consideraban aliados contra el conservadurismo en historia, aun cuando sus posiciones políticas o ideológicas eran antagónicas” (HOBSBAWM, E. J., “Manifiesto por la renovación de la historia”, discurso en la Academia británica pronunciado el 13-11-2004).